

A black and white silhouette of a man and a woman kissing in a window. The window has a grid pattern. The couple is positioned in the upper half of the frame, with the man on the left and the woman on the right. The background is dark, and the window panes are light, creating a high-contrast scene.

YO,  
QUE SOY NOVATA,  
TE DIRÉ  
NOEMÍ ZOFÍO

## Índice

Portada

Índice

Dedicatoria

Cita

Prólogo. Amor que a amar obliga

1. Mayo de 2010. La primera vez

2. Junio de 2010. El Viajero y El Cosaco

3. Agosto de 2010. Luna llena de agosto

4. Septiembre de 2010. Mudos en Santa Ana

5. Diciembre de 2010. Navidad, dulce Navidad

6. Enero de 2011. El restaurante italiano

7. Febrero de 2011. Primera vez en nuestro hotel

8. Marzo de 2011. Noche en vela antes de un viaje

9. Abril de 2011. El Foxa y cena en la playa

10. Mayo de 2011. Ser sólo la otra

11. Mayo de 2011. El cumpleaños de mi vida

12. Junio de 2011. Gula Gula

13. Agosto de 2011. Mi fantasía erótica

14. Septiembre de 2011. Cine en versión original y putas

15. Octubre de 2011. En honor a Esperanza Aguirre

16. Diciembre de 2011. El estreno de mi casa

17. Febrero de 2012. Cincuenta regalos

18. Marzo de 2012. Ella se entera

19. Julio de 2012. 14 de julio: arde Madrid

20. Septiembre de 2012. Mándame una x

21. Octubre de 2012. Nuestra cueva en la ciudad
22. Noviembre de 2012. La chica de Ipanema
23. Diciembre de 2012. Navidad: a la tercera... ¿va la vencida?
24. Enero de 2013. Día de Reyes para el final
25. Febrero de 2013. Cincuenta y un regalos. Cuidado con lo que deseas
26. Marzo de 2013. Nuevo programa, viejos hábitos
27. Primavera de 2013. Mezcla en mi memoria
28. 27 de julio de 2013. El principio de otro verano eterno
29. Réquiem por una tauro con un nudo en la garganta
30. Madrid siempre es Madrid

Biografía

Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

*A mis padres, y a Sebas y Copo.*

A J. L.

Otra vez viernes,  
en la estación espero  
un tren al lunes.

## Prólogo. Amor que a amar obliga

Cuando nací, un 19 de mayo, el cordón umbilical que me había mantenido a salvo durante nueve meses pareció cambiar de opinión, o querer avisarme en cierto modo de la sensación que marcaría mi existencia. Lo tenía enrollado al cuello, en varias vueltas, y me impedía respirar. Tuve suerte. Había junto a mí alguien para solucionarlo. El médico me lo quitó, el aire entró en mis pulmones y por fin empecé a llorar. Desde entonces, todo en la vida que me tocó iniciar ese día me fue bien, incluso podría decirse que muy bien. Yo lo explico diciendo que he nacido con estrella. Mis padres han sido siempre los mejores del mundo, tal vez por eso nunca he tenido instinto maternal, porque me parece entrever que no voy a estar a la altura de las circunstancias si alguna vez tengo un hijo; tan alto me han puesto el listón. Me han educado de forma impecable y, aunque procedo de una familia modesta, jamás me ha faltado de nada, y sobre todo nunca me ha faltado su amor. Soy la mediana de tres hermanos, que me adoran, igual que yo a ellos. Puedo decir sin presunción que físicamente me gusto mucho y gusto a los demás, también mucho, incluso en eso soy privilegiada. Alta, muy delgada, guapa, con estilo. Una rubia de grandes ojos verdes. Además, siempre he contado con muy buenos amigos, que me quieren y me aprecian. Cuando era estudiante saqué siempre muy buenas notas, y después he conseguido todo lo que me he propuesto y a la

primera. Soy lista e inteligente. Caigo bien, resulto simpática y poseo un peculiar sentido del humor que me ha hecho rodearme de gente interesante; digo rodearme porque, aun sin proponérmelo, suelo ser el centro de todas las situaciones. O solía, debo matizar.

Jamás he tenido una vocación profesional. El trabajo nunca ha significado nada para mí, pero éste no me ha faltado y con el dinero he podido hacer lo que he querido de verdad, siempre al terminar mi jornada laboral.

Cuento todo esto porque han pasado ya treinta y cinco años, y hoy, si me mirara a través de unos ojos que no fueran los míos, podría decir, sin dudar, que he sido una persona muy afortunada.

Ese día nací, como digo, pero no es el día en el que empezó mi vida. Ésta comenzó también un 19 de mayo, pero más de treinta años después. También sentí ese nudo en la garganta que me impedía respirar. También creí que tenía a alguien a mi lado que me ayudaría a quitármelo, para que me entrara aire y que pudiera, en esta ocasión, mostrar mi felicidad, aunque fuera con el mismo llanto. Lo creí durante mucho tiempo. A veces pienso que aún lo creo. Pero el caso es que no fue así. La persona que hizo que empezara a vivir no estaba dispuesta a compartir esa vida conmigo.

Ese día sí entré de verdad en la vida, con un nudo en la garganta que permaneció ahí, y ese día me di cuenta de que mi vida era otra, de que nada de lo que tenía hasta entonces me servía, de que ni siquiera lo quería. Porque descubrí que sólo una cosa me había estado esperando, agazapada, para hacerme ver la luz, para dar sentido a la persona que soy. Él. Cómo explicar, sin parecer desagradecida, que lo demás no importa. Claro que les quiero, a mis padres, a mis hermanos, a mis amigos. Claro que me gusta ser atractiva e inteligente. Pero eso no es mi vida, ésa no soy yo, no es lo que me conforma como persona. Son años

didados perfectos a lo esencial. Es la casa de veraneo en la playa que te permites el lujo de tener cuando ya has conseguido construir tu hogar, en el que te cobijas y el que te espera cada noche después de un día duro. Gustosa renunciaría a la casa en la playa para quedarme todo el año en mi hogar.

Me parece increíble que pueda haber dos realidades dentro de una sola existencia, que dos mundos tan dispares hayan ido creciendo dentro de mí, con distintos recorridos, llevándome por dos caminos opuestos, irreconciliables, lo que me obliga a seguir en un mundo que no tengo motivos para dejar, mientras debo salir del otro, del mío, sin el cual no tengo motivos para continuar.

Al principio tuve grandes esperanzas de que esa nueva vida llegaría a ser normal; era lo que siempre había visto en mi entorno. Así había vivido hasta entonces. Pero, antes de lo que me hubiera gustado, me percaté de que nunca sería una vida al uso. Iba a resultar muy distinta. Por ello, jamás podría disfrutar de los problemas y las alegrías que los demás tenían a mi alrededor. No iba a tener la oportunidad de saborear una vida compartida, sino una en solitario, que se mantenía aletargada hasta los momentos en los que él venía a mi lado. No sé si alguien me puede entender. Pero, si es posible, la única manera es contando los instantes en los que estaba con él. Desde que me dio la vida hasta que me la quitó. Porque antes nunca había vivido. Y, después, mi vida languideció de pena.

Mil veces me pregunté por qué elegí una existencia así, por qué no opté por mi vida anterior. Hasta que dejé de planteármelo. Fue una elección con una sola opción. No había alternativa. Después de conocerlo, no.

Han pasado tres años y medio, y hoy, cuando la vida que quería vivir, mi existencia, ya ha acabado, mirándote a los ojos, puedo decir sin duda que en ésta, mi vida de ver-

dad, la que sentí como mía porque la elegí y no me vino dada, no he sido afortunada... pero durante un suspiro he sido muy feliz, la más feliz. Aunque también he sido tan desgraciada como sólo lo puede ser una tauro con un nudo en la garganta.

¡Buenos días a todos! Saludé a mis compañeros y ocupé mi mesa. Como cada día de los últimos años, la redacción estaba ya llena de gente. Era una tele local, pequeña, pero atestada de personal joven y, por lo tanto, repleta de ilusiones que aún parecía que se podían cumplir. Nadie habría dicho que tan sólo faltaban unos días para echar el cierre por falta de una licencia que nos permitiera seguir emitiendo; nos la merecíamos, pero ya nos habían comunicado que no iba a llegar, debido básicamente a cuestiones políticas.

Algunos afortunados, entre ellos yo, gracias a las gestiones hechas por nuestro jefe, un reconocido periodista, con bastante mano aún en nuestro sector, a pesar de haber renunciado a un cargo más alto para invertir los últimos años en intentar sacar para adelante este pequeño proyecto, teníamos garantizada nuestra reubicación en otra empresa del sector. Una productora de televisión que trabajaba creando programas para las cadenas nacionales.

Sin embargo, ni siquiera estos elegidos teníamos ganas de que nuestro paso por la tele local se acabara. Habíamos formado una pequeña familia, en la que todos nos ayudábamos y que hacía que, al acudir al trabajo, me sintiera igual que cuando quedaba con todos mis primos en casa de alguno de los tíos, o de la abuela común, para arreglar el mundo, contarnos cómo nos iba la vida y hacernos felices. Desde luego, ir a trabajar así es un lujo que no suele darse.

Esa última semana pasó y la puerta de la redacción se cerró. Todo fueron llantos en la fiesta de despedida, pero estoy segura de que a todos les fue bien. Eran jóvenes, grandes profesionales y buenas personas. ¿Cómo les podía ir mal?

El lunes siguiente, me incorporé en mi nuevo puesto, con bastantes pocas ganas, la verdad, de ver qué me encontraría.

Para mi sorpresa, no estuvo mal; el primer día conocí a la mayor parte de los que serían mis nuevos compañeros y me resultaron agradables. El trabajo era muy creativo y, aunque yo sólo era la secretaria del jefe, me dejaron claro que tirarían de mí para colaborar con ellos, porque todo lo que aportara sería bien recibido. Por otro lado, también me dijeron que, beneficiándome de mi puesto, mi horario laboral sería respetado, por lo que no me tocaría quedarme para darle vueltas a una idea, como muchas veces tenían que hacer ellos.

El jueves vino una de mis compañeras, Alicia, la chica de las audiencias, a quien todos llamaban «la niña de la curva», en evidente alusión a los gráficos que elaboraba todos los días y que indicaban si sería o no una buena jornada. Y me lo presentó. Era el responsable de televisiones autonómicas, así que viajaba bastante, por eso hasta ese día no había estado en la oficina.

Se llamaba Piter. Eso dijo. Y, tras conocerlo, me di cuenta de que el nombre le iba como anillo al dedo. Era bajito, moreno, no estaba delgado pero tampoco gordo, tenía barba y el pelo negro, aunque bastante canoso, muy corto. Le calculé cuarenta y tantos. Era macizo. No sé cómo explicarlo. Su espalda ancha y sus piernas cortas le daban un aspecto celta. Le quedaba bien. Era un hombre al que no le habría pegado ser alto. Llevaba unas gafas de montura de pasta, de color morado, y un jersey verde manzana, con va-

queros. Y un pendiente en la oreja izquierda. Nada más oírle hablar, pensé que efectivamente el nombre también le quedaba bien. Era el típico Peter Pan. «Sí, sí, se escribe Piter, no Peter, así me llaman todos, es más divertido que Pedro, ¿no crees?» Estuve a punto de responderle: «Puede que sí, pero también menos apropiado para tu edad, ¿no crees tú?» Me cayó mal de inmediato. «Éste es de los que me va a joder la vida, ya verás», me dije. Efectivamente. Como si desde el primer día se confirmara lo que más tarde fue un hecho, pareció leerme el pensamiento. «Vaya, pues me vienes genial: tengo una idea sobre un programa que hay que arreglar, no de contenido, sino chapa y pintura, ponerlo decente y eso; esta tarde me paso por tu sitio y me echas una mano, ¿te parece?» «Claro, cuando quieras.» ¿Quién dice que no la primera semana de trabajo?

Ese día, por ayudar al señor Pan, salí del trabajo dos horas más tarde de lo que debía; el viernes también. Cuando llegué a mi casa prácticamente lo odiaba. Era un sentimiento visceral. Intentaba convencerme a mí misma de que no había para tanto, total, sólo era curro; las horas de trabajo nunca habían sido relevantes para mí, sólo había que hacerlo lo mejor posible y pasar a lo que realmente importaba, y si Piter necesitaba mi ayuda... mejor eso que no cuajar en mi nuevo puesto.

El lunes siguiente, cuando lo vi aparecer y me dio los buenos días, me di cuenta de que el bello de los brazos se me ponía de punta. Parecía un gato erizado a punto de bufar. Y sólo me había dado los buenos días.

Pensé que tenía que cambiar de actitud, no podía empezar así, no sabía cuánto tiempo tendría que trabajar allí, o con él, así que necesitaba por mi bien darle una nueva oportunidad. No hizo falta. A media tarde, se acercó a mi mesa, me entregó otra presentación y me comentó: «Me gustaría que la prepararas, hazlo cómo quieras, me gustó la

otra, así que sé creativa, luego paso a recogerla.» Mientras me lo decía, lo miré a los ojos. Los tenía color miel, con rayas. No, rayas no, motas, motas verdes. Una sensación de bienestar se instaló en mi pecho. La rabia hacia él desapareció; de hecho, luego me he dado cuenta de que nunca existió. Lo que me producía era una corriente eléctrica. Alteraba mi voltaje. Me hacía sentir incómoda porque me hacía sentir vulnerable, fuera de una zona segura. Y me ocurrió una cosa por primera vez en mi vida: supe qué era eso de la chispa, eso del flechazo.

Cuando por la tarde vino a buscar la presentación y me indicó que estaba genial, parecía que estuviera mirando a una persona distinta de la del primer día. «¿Qué coño te pasa, Leonor?» Nos sonreímos, y supe que nunca podría dejar de preocuparme por él; ésa fue la sensación: quería tenerlo cerca y que formara parte de mi mundo, de la forma que fuera. Jamás me había sucedido algo así; incluso yo me doy cuenta de que esas cosas sólo pasan, tal vez, en algunas películas, y, sin embargo, lo asumí como algo normal, como comer, beber o dormir, y nunca me planteé la opción de poder apartarlo de mi vida. Desde ese momento.

Así se inició una relación que pasó pronto del compañerismo a la amistad, y que nos hizo inseparables, hasta tal punto que nos hacíamos partícipes de todo lo que nos sucedía en el trabajo, y más tarde también de lo que nos pasaba fuera de él. Durante esos dos primeros años, salimos a comer juntos decenas de veces, primero con otros compañeros, después, como algo natural, nos empezó a apetecer ir a los dos solos en alguna ocasión, para poder hablar a gusto. Ahí me contó que había nacido en Bélgica pero de padres asturianos; que siendo él pequeño se habían vuelto a España; que había tenido tres relaciones destacables en su vida, y que fruto de una de ellas había nacido su hijo,

Rodrigo, que ya tenía veintitrés años, quien vivía con su madre y era lo más importante de su vida; se sentía afortunado de poder compartir gran parte de su tiempo libre haciendo cosas con él, a pesar de que, con su edad, ya tenía su propia vida. Y me habló de la relación que había mantenido con su padre, que ya había fallecido, de su madre, de sus hermanos, de que le apasionaba la arquitectura, que durante un tiempo había sido profesor de taichí... Llegó un momento en que las dos horas de la comida se nos hacían cortas para poder explicárnoslo todo y comenzamos a mandarnos correos electrónicos en los que seguíamos comunicándonos, y con los que empezaron nuestros «juegos». Siempre había en ellos una broma, un doble sentido, un pique entre ambos para poner a prueba nuestra agudeza, nuestro sentido del humor, que era muy parecido, y nuestra complicidad. Con el tiempo, era más extraño que a lo largo de la semana no quedáramos para comer o tomar algo al menos en un par de ocasiones que lo contrario. Cuando él faltaba, la gente me preguntaba a mí dónde estaba, si se encontraba de viaje, si estaba enfermo, si tenía una reunión fuera o si se había cogido el día libre... y lo bueno era que, en efecto, yo siempre sabía por qué se ausentaba. Fueron buenos tiempos, en los que creí realmente que me consideraba su amiga.

Yo, por mi parte, en seguida fui consciente de que cada vez me atraía más, de que cada vez estaba más a gusto con él, de que quizá incluso me atrevería a ir más allá.

A la vuelta de las vacaciones de Navidad, en enero, lo saludé cómo si él fuera mi regalo de Reyes de ese año. ¡Lo que lo había echado de menos! Fuimos a comer, nos pusimos al día, le comenté lo bien que le quedaban la chaqueta y el sombrero que llevaba puestos y me dijo que se lo habían traído por ser bueno.

Al volver a la productora, tenía decidido que quería dejar atrás la «zona de amigos» y probar suerte, dar un paso más. ¿Por qué no? Todo apuntaba a que podía salir bien. Había hecho una buena amiga en el trabajo, Alicia, y resolví pedirle su opinión, aunque muy confundido tenía que estar mi instinto para que yo no le gustara a él. Estaba segura de eso. Cuando cogí a mi amiga y la llevé a un lugar discreto, nunca se me olvidarán las dos frases que intercambiamos: «Hoy Piter está guapísimo», dije yo. «Sí, yo también se lo he dicho: su chica le tiene tomada la medida, y esa chaqueta que le ha regalado le sienta como un guante.»

Me quedé sin palabras. Desde que nos conocíamos, habíamos hablado de mil cosas. Y jamás me había comentado que tenía novia.

Por supuesto, nada de contárselo a Alicia. Me había confundido como una quinceañera. Estaba claro que éramos amigos, y sólo amigos. Evidentemente mi instinto me había fallado de medio a medio.

La corriente eléctrica fluía sólo en una dirección. A mí me atraía muchísimo, pero era sólo una cosa mía. Él vivía con una chica desde hacía bastante tiempo y, por lo que me preocupé en averiguar en las semanas siguientes, eran una pareja feliz. Feliz y perfecta.

Y, sin embargo, cuando me miraba...